

SERRANAS

[Bajo el mismo título y también con autor Anónimo, ver la Semana_48
<http://www.biblioteca.fundacionlasierracv.org/content/serranas-1>
(Editorial del 13 de febrero de 1909)

Con la escopeta al hombro y el morral repleto de comida para el día, el cazador considérase el más feliz de los morales siguiendo al perro que con sus constantes y alegres demostraciones de la existencia de caza al alcance de la escopeta, nos tiene en esa continua y agradable incertidumbre que es el mayor acicate para el aficionado.

Uno de esos días apacibles y melancólicos de Otoño, cuando las plantas y el arbolado comienzan á despedir sus hojas cual abrigo innecesario á quien cuenta con fuerzas para resistir valientemente los embates del frío que se avecina, crucé á breve paso el accidentado valle que separa el pueblo del monte, que á todas horas nos brinda agradables sí que también costosas escenas de caza.

El día era magnífico, apropósito para mi deseo de colgarme algunas perdices con que volver victorioso al pueblo donde seguramente me admitirían en el número de los cazadores de nota, no obstante la poca práctica que poseía.

Siguiendo siempre al perro que con notable instinto me guiaba hacia donde las perdices se hallaban, á sus *querencias*, tuve ocasión de disparar una y otra vez la escopeta, no siempre con buen resultado, pero el caso es que se presentaba el día con buenos auspicios que avivaban en mi el deseo de caminar sin descanso, cruzar barrancos y salvar los mil obstáculos que nuestra accidentada sierra ofrece.

La persistente sequía del verano había agotado el agua de las fuentes y peñas, que son para el cazador lo que el oasis para el caminante del desierto, bar del habitante de las grandes poblaciones, donde aplaca su sed y repara sus fuerzas para proseguir con mayor ardimiento la persecución de la caza que el monte ofrece y tanto cuesta de conseguir. Tres horas sin beber, produjéronme sed abrasadora que en vano pretendía apagar pues me hallaba en lo más intrincado del monte lejos de caserío ó fuente de las que constantemente mana agua.

Unos golpes secos y acompasados cuyo eco repetían las montañas circunvecinas, diéronme á entender que no muy lejos algún ser humano lo producía y hacia allí encaminé mis pasos para pedir un poco de agua.

Pocos minutos después divisé un hombre que en el fondo del profundo barranco se ocupaba de cortar leña. A medida que acortaba la distancia que de él me separaba presentábaseme más claro el objeto que allí le tenía; grandes montones de leña perfectamente cortada, que rodeaba pequeña planicie de color negruzco con residuos de carbón, diéronme á entender que aquello era una carbonera y el hombre su dueño...

– Buenos días, amigo.

– Buenos los de Dios. Qué, ¿de caza?

– Sí, y con mucha sed.

– Pepico, llamó aquel hombre dirigiéndose á un rapazuelo que á corta distancia de nosotros pugnaba por arrastrar un haz de leña, deja eso y tráete enseguida un jarro de agua de la que hay en la barraca... mira, más vale que cojas el cántaro y de la fuentecica del revolver, traigas agua fresca pa este señor... y dirigiéndose á mi, agora verá V. agua rica. Otra cosa no tendremos pero agua pa beber y buena eso no hace falta. Siéntese y descanse que es cuestión de un momentico.



Rendido por el cansancio y por la buena voluntad de aquel hombre, tomé asiento sobre una piedra que á guisa de banco había á la puerta de la barraca y sacando la petaca le ofrecí al carbonero diciendo:

– V. fumará...

– No siempre y no es que no me guste; agora que lo primero es primero y antes ha de comer la familia que yo fume.

Mientras liábamos el cigarro fijéme en aquel hombre. Representaba unos cuarenta y cinco años, sus facciones correctas, muy fornido, frente espaciosa, de mirada noble é inteligente demostraba voluntad inquebrantable.

En esto llegó el chico con el agua de la que bebí con ansia y poco después dí comienzo á mi frugal comida de la que ofrecí al carbonero y su hijo; reusáronla estos y sacando de la suya pusiéronse á comer.



Pronto empezamos á hablar de los asuntos más diversos, acabando por hacerlo de la política. Al llegar á este punto, mi interlocutor esquivó sus respuestas en forma tal, que despertó en mi grandísima curiosidad é hizo que con mayor insistencia le preguntara. Convencido de que su resistencia era inútil, con un pretexto hizo alejarse al muchacho y habló de esta manera:

– U. ha notado que rehuyo hablar de política. En cuanto conozca mi historia, estoy seguro reconocerá que tengo motivo para ello –y tras breve pausa en que parecía reconcentrar todos sus amargos recuerdos, prosiguió; – Hace de esto ya muchos años, pero el tiempo no [ha] logrado borrar el triste recuerdo. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos que se disputaban el poder. Yo pertenecía á uno de ellos, no por mi voluntad, sino por defenderme de los contrarios que desde el poder no perdían ocasión de molestarnos con denuncias por el motivo más leve. He de advertir á usted que yo entonces era pastor del ganado de mi padre. El jefe del partido á que yo pertenecía era un hombre de posición é influencia, al menos así nos lo decía, dispuesto siempre á defender á sus amigos, á los que excitaba á no dejarse atropellar de los contrarios aunque para ello tuvieran que derramar sangre. Estas predicaciones y el abuso de los contrarios bien pronto dieron sus frutos.

Aquel hombre rudo, pero inteligente y de sensibilidad esquisita, al llegar á este punto adoptó un aire imponente. Las palabras salían atropelladamente de su boca como quien desea acabar pronto con el relato de hechos que torturan su alma.

– No lo puedo remediar, señor, –continuó diciendo,– el recuerdo de aquel día terrible me saca de quicio. Celebrábanse unas elecciones que debido á la igualdad de fuerzas de ambos partidos tenían la victoria indecisa. He de manifestar que –debido á la mala administración de los contrarios, nosotros disponíamos de muchísimos votos pero esta fuerza nuestra estaba equilibrada por la presión que desde los puestos públicos ejercían los del bando opuesto que creyéndose en peligro de ser derrotado, acudió al terror que inspiraba un sujeto de pésimos antecedentes el cual sujeto quiso obligarme á que votase á mis contrarios. Yo me opuse y por ello me maltrató de palabra, ofensa que yo aguanté pacientemente. Envalentonado por mi actitud quiso pegarme y –dijo con gran energía– como uno no es *negao*, pues nada, lo maté.

– ¿...?

– Doce años de presidio que con indultos quedaron reducidos á ocho y una hacienda perdida. Cundo volví mi pobre padre había muerto víctima del disgusto que le produjo mi condena; en mi casa no encontré nada de cuanto dejé y tuve que dedicarme á hacer carbón faena en la que si gano poco, al menos se vive en paz lejos de los hombres.

– Sus amigos políticos le ayudarían...

– Ca, nada de eso. Visto el mal aspecto que presentaba la elección, se entendieron repartiéndose los cargos como buenos amigos. Hoy los tiene V. juntos y los que no, condenados á eterna oposición. Cuando fueron á pedirles que influyeran apoyándome, dijeron que ellos eran *personas honradas* y no defendían á *criminales*. ¡*Criminales!* ¿Quién fue más criminal yo ó los que me hicieron cometer el crimen?



ANÓNIMO

De El Enguerino. Año III nº 73